



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma

AÑO LXXIX. 1 DE DICIEMBRE DE 1938 NUM. XIII

SUMARIO: Carta Encíclica de su Santidad sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich Germánico.—Delegación de Capellanías: Aviso.—Unión Misional del Clero.—Colecturía de Misas: Aviso.—Emisiones en español de Radio vaticana.—Colecta del día del Seminario, en 1938.—Colecta misional en 1938.

Carta Encíclica del Papa Pío XI

sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich Germánico

A los venerables Hermanos Arzobispos y Obispos de
Alemania y a los demás Ordinarios en paz y comunión
con la Sede Apostólica

VENERABLES HERMANOS: SALUD Y APOSTÓLICA BENDICIÓN;

Con viva ansia y con estupor siempre creciente venimos observando desde hace tiempo la vía dolorosa de la Iglesia y el progresivo agudizarse de la opresión de los fieles que le han permanecido devotos en el espíritu y en la obra; y todo esto en aquella tierra y en medio de aquel pueblo, al que San Bonifacio lle-

vó un día el luminoso y alegre mensaje de Cristo y del Reino de Dios.

Esta Nuestra ansia no ha sido aliviada por las relaciones que los Reverendísimos Representantes del Episcopado, conforme a su deber, Nos dieron ajustadas a verdad, al visitarnos durante Nuestra enfermedad. Junto a muchas noticias que Nos consolaron y confortaron acerca de la lucha sostenida por sus fieles por causa de la religión, no pudieron pasar en silencio, a pesar de su amor al propio pueblo y a su patria y el cuidado de expresar un juicio bien ponderado, otros innumerables sucesos tristes y reprobables. Cuando Nós oímos sus relatos, con profunda gratitud a Dios pudimos exclamar con el Apóstol del amor: «En ninguna cosa tengo mayor contento que cuando oigo que mis hijos van por el camino de la verdad» (3 Jo. 4). Pero la franqueza que conviene a la grave responsabilidad de Nuestro ministerio Apostólico, y la decisión de presentar ante Vosotros y ante todo el mundo cristiano la realidad en toda su crudeza exigen también que añadamos: No tenemos ansia mayor, ni más cruel aflicción pastoral, que cuando oímos: muchos abandonan el camino de la verdad (cfr. 2 Petr., 2, 2).

1.—El Concordato. Cuando Nós, Venerables Hermanos, en el verano de 1933, a instancia del Gobierno del Reich, aceptamos el reanudar las gestiones para un Concordato, tomando por base un proyecto elaborado ya varios años antes, y llegamos así a un acuerdo solemne que satisfizo a todos Vosotros, tuvimos por móvil la obligada solicitud de tutelar la libertad de la misión salvadora de la Iglesia en Alemania y de asegurar la salvación de las almas a ella confiadas, y al mismo tiempo el sincero deseo de prestar un servicio de interés capital al pacífico desenvolvimiento y al bienestar del pueblo alemán.

A pesar de muchas y graves preocupaciones, determinamos entonces, no sin violentarnos, no negar Nuestro consentimiento. Queríamos ahorrar a Nuestros hijos y a Nuestras hijas de Alemania, en lo humanamente posible, las situaciones violentas y las tribulaciones que, en caso contrario, habrían sido de esperar con certeza, dadas las condiciones de los tiempos. Y queríamos demostrar con hechos a todos que Nós, buscando a solo Cristo y lo que a Cristo pertenece, no rehusamos a nadie, si él mismo no la rechaza, la mano pacífica de la Madre Iglesia.

Si el árbol de la paz, por Nos plantado en tierra alemana con pura intención, no ha producido los frutos por Nos anhelados en interés de vuestro pueblo, no habrá nadie en el mundo entero, con ojos para ver y oídos para oír, que pueda decir, todavía hoy, que la culpa es de la Iglesia y de su Cabeza Suprema. La experiencia de los años transcurridos hace patentes las responsabilidades y descubre maquinaciones que, ya desde el principio, no se propusieron otro fin que una lucha hasta el aniquilamiento.

En los surcos donde Nos habíamos esforzado en echar la simiente de la verdadera paz, otros esparcieron —como el *inimicus homo* de la Sagrada Escritura (Mat. 13, 25)—la cizaña de la desconfianza, de la discordia, del odio, de la difamación, de una aversión profunda, oculta y manifiesta, contra Cristo y su Iglesia, desencadenando una lucha que se alimentó en mil fuentes diversas, y se sirvió de todos los medios. Sobre ellos, y solamente sobre ellos y sobre sus protectores, ocultos o manifiestos, recae la responsabilidad, si en el horizonte de Alemania aparece no el arco iris de la paz, sino el nubarrón amenazador de disolventes luchas religiosas.

Venerables Hermanos: Nós no Nos hemos cansado de hacer presente a los dirigentes, responsables de la suerte de vuestra nación, las consecuencias que se

derivarían necesariamente de la tolerancia, o peor aún, del favor prestado a aquellas corrientes. Hemos apelado a todo para defender lo santidad de la palabra solemnemente dada, y la inviolabilidad de las obligaciones voluntariamente contraídas, contra teorías y prácticas que, si hubiesen llegado a admitirse oficialmente, habrían disipado toda esperanza y desvalorizado intrínsecamente toda palabra dada, aún para el porvenir. Si llega el momento de exponer a los ojos del mundo estos nuestros esfuerzos, todos los bien intencionados sabrán dónde hay que buscar los defensores de la paz y donde sus perturbadores. Todo el que haya conservado en su ánimo un resíduo de amor a la verdad, y en su corazón una sombra del sentido de justicia, tendrá que admitir que en los años difíciles y gravemente azarosos que siguieron al Concordato, cada una de Nuestras palabras y de Nuestras acciones tuvo por norma la fidelidad a los acuerdos estipulados. Pero deberá también reconocer, con estupor y con íntima repulsa, cómo por otra parte se ha erigido en norma ordinaria el desfigurar arbitrariamente los pactos, eludirlos, desvirtuarlos y finalmente violarlos más o menos abiertamente.

La moderación por Nos hasta aquí mostrada, a pesar de todo esto, no Nos ha sido sugerida por cálculos de intereses terrenos, ni mucho menos por debilidad, sino simplemente por la voluntad de no arrancar, junto con la cizaña, alguna planta buena; por la decisión de no pronunciar públicamente un juicio, antes que los ánimos estuviesen dispuestos a reconocer lo ineludible del caso; por la resolución de no negar definitivamente la fidelidad de otros a la palabra empeñada, antes que el duro lenguaje de la realidad hubiese arrancado los velos con que se ha sabido y se pretende aún ahora disfrazar, conforme a plan predeterminado, el ataque contra la Iglesia. To-

davía hoy —cuando la lucha abierta contra las escuelas confesionales, tuteladas por el Concordato, y la supresión de la libertad de votos para aquellos que tienen derecho a la educación católica, manifiestan, en un campo particularmente vital para la iglesia, la trágica gravedad de la situación, y una jamás vista presión espiritual de los fieles— la solicitud paternal por el bien de las almas Nos aconseja no dejar de considerar las perspectivas, si bien escasas, que puedan aún subsistir de una vuelta a la fidelidad de los pactos y a un acuerdo permitido por Nuestra conciencia.

Secundando los ruegos de los Reverendísimos Miembros del Episcopado no Nos cansaremos aún en lo futuro de defender el derecho conculcado entre los dirigentes de vuestro pueblo.—despreocupados del éxito o del fracaso del momento—obedientes sólo a Nuestra conciencia y a nuestro Ministerio Pastoral, y no cesaremos de oponerNos a una mentalidad que intenta, con abierta u oculta violencia, sofocar el derecho, autenticado por documentos.

Sin embargo, el fin de la presente Carta, Venerables Hermanos, es otro. Como vosotros Nos visitásteis amablemente durante Nuestra enfermedad, así Nós hoy Nos dirigimos a vosotros y, por vuestro conducto, a los fieles católicos de Alemania, los cuales, como todos los hijos que sufren y son perseguidos, están muy cerca del corazón del Padre Común, en esta hora en que su fe está siendo probada, como oro de ley, en el fuego de la tribulación y de la persecución, insidiosa o manifiesta, y están constreñidos por mil formas de metódica compresión en su libertad religiosa, viviendo angustiados por la imposibilidad de tener información verdadera y de defenderse con medios normales, tienen doble derecho a una palabra de verdad y de estímulo moral por parte de Aquel a cuyo primer predecesor dirigió el Salvador aquella palabra llena de significado: «Yo he rogado

por tí; para que tu fe no vacile, y tu a tu vez fortalece a tus hermanos» (Luc. 22, 32).

2.—Genuína fe en Dios. Y ante todo, Venerables Hermanos, cuidado que la fe en Dios, primer e insustituible fundamento de toda religión, permanezca pura e íntegra en las regiones alemanas. No puede tenerse por creyente en Dios el que emplea el nombre de Dios retóricamente, sino sólo el que une a ésta veneranda palabra una digna noción de Dios.

Quien, con indeterminación panteísta identifica a Dios con el universo, materializando a Dios en el mundo o deificando al mundo en Dios, no pertenece a los verdaderos creyentes.

Ni es tal quien, siguiendo una pretendida concepción precristiana del antiguo germanismo, pone en lugar del Dios personal el hado sombrío e impersonal negando la sabiduría divina y su providencia, la cual «con fuerza y dulzura domina de un confín a otro del mundo» Sap. 8, 1) y todo lo dirige a buen fin. Semejante hombre no puede pretender ser contado entre los verdaderos creyentes.

Si la raza o el pueblo, si el Estado o una forma determinada del mismo, si los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto; con todo, quien los arranca de esta escala de valores terrenales elevándolos a suprema norma de todo, aún de los valores religiosos, y divinizándolos con culto idolátrico pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios está lejos de la verdadera fe y de una concepción de la vida conforme a ella.

Fijad, Venerables Hermanos, la atención en el abuso creciente, que se manifiesta en palabras y por escrito, de emplear el nombre tres veces santo de Dios como etiqueta vacía de sentido para un producto más o menos arbitrario de un ansia o aspiración hu-

maná; y procurad que tal aberración halle entre vuestros fieles la vigilante repulsa que merece. Nuestro Dios es el Dios personal, transcendente, omnipotente, infinitamente perfecto, uno en la trinidad de las personas y trino en la unidad de la esencia divina, creador del universo, señor, rey y último fin de la historia del mundo, el cual no admite ni puede admitir otras divinidades junto a sí.

Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de tiempo y espacio, de región y raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre todo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones. Gobernantes y gobernados, coronados y no coronados, grandes y pequeños, ricos y pobres dependen igualmente de su palabra. De la totalidad de sus derechos de Creador dimana esencialmente su exigencia de una obediencia absoluta por parte de los individuos y de toda sociedad. Y tal exigencia de una obediencia absoluta se extiende a todas las esferas de la vida, en las que cuestiones de orden moral reclaman la conformidad con la ley divina y, por esto mismo, la armonía de los mudables ordenamientos humanos con el conjunto de los inmutables mandatos divinos.

Solamente espíritus superficiales pueden caer en el error de hablar de un Dios nacional, de una religión nacional, y emprender la loca tarea de aprisionar en los límites de un pueblo solo, en la estrechez de una sola raza, a Dios, Creador del mundo, rey y legislador de los pueblos, ante cuya grandeza las naciones son pequeñas como gotas en una jofaina de agua (Isaías, 40, 15).

Los Obispos de la Iglesia de Cristo «encargados de las cosas concernientes a Dios» (Hebr. 5, 1) deben vigilar para que no arraíquen entre los fieles tales perniciosos errores, a los que suelen seguir prácticas aún más perniciosas. Es de su sagrado ministerio ha-

cer todo lo posible para que los mandamientos de Dios sean considerados y practicados como obligaciones inconcusas de una vida moral y ordenada, tanto privada como pública; los derechos de la majestad divina, el nombre y la palabra de Dios no sean profanados (Tito, 2, 5); las blasfemias contra Dios en palabras, escritos e imágenes, numerosas a veces como la arena del mar, sean reducidas a silencio, y frente al espíritu tenaz e insidioso de los que niegan, ultrajan y odian a Dios, no languidezcan nunca la plegaria reparadora de los fieles, que suba continuamente al Altísimo, deteniendo su mano vengadora.

Nós os damos gracias, Venerables Hermanos, a vosotros, a vuestros sacerdotes y a todos los fieles que defendiendo los derechos de la divina Majestad contra un provocador neopaganismo, apoyado desgraciadamente con frecuencia por personalidades influyentes, habéis cumplido y cumplís vuestro deber de cristianos. Esta gratitud es particularmente íntima y llena de reconocida admiración para aquellos que en el cumplimiento de este su deber se han hecho dignos de sufrir por la causa de Dios sacrificios y dolores.

3. — Genuina fe en Jesucristo. La fe en Dios no se mantendrá por mucho tiempo pura e incontaminada si no se apoya en la fe en Jesucristo. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar» (Math. 11, 27). «Esta es la vida eterna: que ellos te reconozcan a tí, único verdadero Dios, y al que envias-te, Jesucristo» (Jo. 17, 3). A nadie por tanto es lícito decir: yo creo en Dios y esto basta para mi religión. La palabra del Salvador no deja lugar a tales escapatorias; «El que niega al Hijo no tiene tampoco al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre» (1, Jo. 2, 23),

En Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, apareció la

plenitud de la revelación divina. «En diferentes ocasiones y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas. En la plenitud de los tiempos nos ha hablado a nosotros por medio de su Hijo» (hebr. 1, 1, 1 ss.). Los libros santos del Antiguo Testamento son todos palabra de Dios, parte orgánica de su revelación. Conforme al desarrollo gradual de la revelación, en ellos aparece el crepúsculo del tiempo que debía preparar el pleno mediodía de la redención. En algunas partes se habla de la imperfección humana, de su debilidad y del pecado, como no puede ser de otro modo cuando se trata de libros de historia y de legislación. Aparte de otras innumerables cosas altas y nobles, hablan de la tendencia superficial y materialista que se manifestaba reiteradamente a intervalos en el pueblo de la antigua alianza, depositario de la revelación y de las promesas de Dios. Pero no puede menos de notar cualquiera que no esté cegado por el prejuicio o por la pasión que lo que más luminosamente resplandece, a pesar de la debilidad humana de que habla la historia bíblica, es la luz divina del camino de la salvación, que triunfa al fin de todas las debilidades y pecados.

Y precisamente sobre este fondo, con frecuencia sombrío, la pedagogía de la salvación eterna se ensancha en perspectivas, las cuales a un tiempo dirigen, amonestan, sacuden, consuelan y hacen felices. Sólo la ceguera y tozudez pueden hacer cerrar los ojos ante los tesoros de saludables enseñanzas encerrados en el Antiguo Testamento. Por esto el que pretende desterrar de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y las sabias enseñanzas del Antiguo Testamento, blasfema la palabra de Dios, blasfema el plan de la salvación dispuesto por el Omnipotente y erige en juez de los planes divinos un angosto y mezquino pensar humano. Ese tal niega la fe en Jesucristo, nacido en la realidad de su carne, el cual tomó

la naturaleza humana de un pueblo, que más tarde había de crucificarle. No comprende nada del drama mundial del Hijo de Dios, el cual opuso al crimen de sus crucifixores, en calidad de sumo sacerdote, la acción divina de la muerte redentora, dando de esta forma al Antiguo Testamento su cumplimiento, su fin y la sublimación en el Testamento Nuevo.

La revelación que culminó en el Evangelio de Jesucristo es definitiva y obligatoria por siempre, no admite complementos de origen humano y, mucho menos, sucesiones o sustituciones por «revelaciones» arbitrarias, que algunos charlatanes modernos querrían hacer derivar del llamado mito de la sangre y de la raza. Desde que Cristo, el Ungido del Señor, consumó la obra de la redención, quebrantando el dominio del pecado y mereciéndonos la gracia de llegar a ser hijos de Dios, desde aquel momento no se ha dado a los hombres ningún otro nombre bajo el cielo, para conseguir la bienaventuranza, sino el nombre de Jesús (Act. Ap. 4. 12). Por más que un hombre condensara en sí toda sabiduría, todo poder y toda la pujanza material de la tierra, no podría asentar fundamento diverso del que Cristo ha puesto (1 Cor., 2, 11). En consecuencia, aquel que con sacrílego desconocimiento de la diferencia esencial entre Dios y la criatura, entre el Hombre-Dios y el simple hombre, osa se poner al nivel de Cristo o peor aún, sobre El o contra El, a un simple mortal, aunque fuese el más grande de todos los tiempos, sepa que es un profeta de quimeras, a quien se aplica espantosamente la palabra de la Escritura: «El que habita en el cielo, se burla de ellos» (Ps. 2. 4).

4. — Genuína fe en la Iglesia. La fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está sostenida y defendida por la fe de la Iglesia, columna y fundamento de la verdad (1 Tim, 3, 15). Cristo mismo, Dios eternamente bendito, ha erigido esta co-

lumna de la fe; su mandato de escuchar a la Iglesia (Math., 18 17) y de percibir, en las palabras y los mandatos de la Iglesia, sus mismas palabras y los mismos mandatos (Luc., 10, 16); tiene valor para todos los hombres de todos los tiempos y de todas las regiones. La Iglesia, fundada por el Salvador, es única para todos los pueblos y para todas las naciones, y bajo su bóveda, que cobija como el firmamento al universo entero, hallan puesto y asilo todos los pueblos y todas las lenguas, y pueden desarrollarse todas las propiedades, cualidades, misiones y cometidos que han sido señalados por Dios creador y salvador a los individuos y a las sociedades humanas. El amor maternal de la Iglesia es tan generoso que ve en el desarrollo de tales peculiaridades y cometidos particulares, conforme al querer de Dios, la riqueza de la variedad más bien que el peligro de escisiones; se goza en el elevado nivel espiritual de los individuos y de los pueblos, descubre con alegría y enternecimiento maternal en sus genuinas actuaciones frutos de educación y de progreso, que bendice y promueve, siempre que puede hacerlo con verdad. Pero sabe también que a esta libertad le han sido señalados límites por disposición de la divina majestad, que ha querido y ha fundado esta Iglesia como unidad inseparable en sus partes esenciales. El que atenta contra esta intangible unidad quita a la esposa de Cristo una de las diademas con que Dios mismo la ha coronado; somete el edificio divino, que descansa en cimientos eternos, a la revisión y a la transformación por parte de arquitectos a quienes el Padre Celestial no ha concedido poder alguno.

La divina misión que la Iglesia cumple entre los hombres, y debe cumplir por medio de hombres, puede ser dolorosamente oscurecida por lo humano, quizás demasiado humano, que, en ciertos tiempos, retoña como cizaña entre el trigo del reino de Dios. El

que conozca la frase del Salvador acerca de los escándalos y de quienes los dan, sabe cómo la Iglesia y cada individuo deben juzgar sobre lo que fué y es pecado. Pero quien, fundándose en estos lamentables contrastes entre fe y vida, entre palabra y acción, entre el continente exterior y el sentir interior de algunos— aunque fuesen muchos— hecha en olvido, o conscientemente pasa en silencio el inmenso capital de genuino esfuerzo por la virtud, el espíritu de sacrificio, el amor fraterno. el heroísmo de santidad en tantos miembros de la Iglesia, manifiesta una ceguera injusta y reprobable. Y cuando luego se ve que la rígida medida, con que juzga a la odiada Iglesia, se deja al margen cuando se trata de otras sociedades que le son cercanas por sentimiento o interés, entonces se evidencia que, al mostrarse lastimado en su decantado sentido de pureza, se revela semejante a aquellos que, según la tajante frase del Salvador, ven la paja en ojo ajeno y no se dan cuenta de la viga en el propio. También es menos pura la intención de aquellos que ponen por fin de su vocación lo que hay de humano en la Iglesia, hasta quizás hacer de ello un negocio bastardo; y si bien la potestad de quien está investido de la dignidad eclesiástica, fundada en Dios, no depende de su nivel humano y moral, sin embargo no hay época alguna, ni individuo, ni sociedad que no deba examinar sinceramente su conciencia, purificarse inexorablemente, renovarse profundamente en el sentir y en el obrar. En Nuestra Enciclica sobre el sacerdocio y en la de la Acción Católica hemos llamado insistentemente la atención de todos los pertenecientes a la Iglesia, y particularmente de los Eclesiásticos, de los religiosos y de los laicos que colaboran en el apostolado, sobre el sagrado deber de poner fe y conducta en la armonía exigida por la ley de Dios y reclamada con incansable insistencia por la Iglesia. También hoy Nós repetimos con gravedad

profunda: no basta ser contado en la Iglesia de Cristo; es preciso ser en espíritu y verdad miembros vivos de esta Iglesia. Y lo son solamente los que están en gracia de Dios y caminan continuamente en su presencia, o por la inocencia o por la penitencia sincera y eficaz. Si el Apóstol de las gentes, «el vaso de elección», sujetaba su cuerpo al látigo de la mortificación no fuera que, después de haber predicado a los otros, fuese él reprobado, ¿habrá por ventura para aquellos en cuyas manos está la custodia y el incremento del reino de Dios otro camino que el de la íntima unión del apostolado con la santificación propia? Sólo así se demostrará a los hombres de hoy, y en primer lugar a los detractores de la Iglesia, que la sal de la tierra y la levadura del Cristianismo no se ha vuelto ineficaz, sino que es poderosa y capaz de renovar espiritualmente y rejuvenecer a los que están en la duda y en el error, en la indiferencia y descarriados espiritualmente, flojos en la fe y alejados de Dios, de quien ellos—lo admitan o lo nieguen—están más necesitados que nunca. Una Cristiandad en que todos los miembros vigilen sobre sí mismos; que deseche toda tendencia a lo puramente exterior y mundano; que se atenga seriamente a los preceptos de Dios y de la Iglesia, y se mantenga por consiguiente en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo, podrá y deberá ser ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo, que busca sostén y dirección, si es que no se quiere que sobrevenga una enorme catástrofe o una decadencia indescriptible.

(Continuará)

Delegación General de Capellanías

AVISO

Los Sres. Sacerdotes encargados del levantamiento de cargas, derivadas de Capellanías ó Fundaciones piadosas, podrán presentar al cobro los recibos de los intereses correspondientes a las que hubiesen levantado, durante el segundo y tercer trimestre del presente año.

Si para el 15 de enero no presentan dichos recibos, se entenderá que no han levantado las cargas de los trimestres indicados, y el importe de aquellos se entregará en la Colecturía diocesana.

Burgo de Osma, a 28 de Noviembre de 1938.

El Delegado general de Capellanías y Fundaciones piadas.

Manuel Gutiérrez López-Gil
Provisor y Vicario General

Unión Misional del clero

La Junta Diocesana de esta Unión Misional ruega a todos los Rvdos. Srs. Sacerdotes socios contribuyan al menos con las cuota minima de 3 pts., precio de la revista oficial «Iluminare» y si hubiere alguno que no la recibe, lo comuniqué a esta Junta, indicando su dirección postal.

Por la Junta Diocesana
El Secretario
Eleuterio Fernández

COLECTURIA

AVISO

Se han recibido algunas intenciones de misas, y para su más pronta aplicación, serán distribuidas entre aquellos Sres. Sacerdotes de esta diócesis que las necesiten, según el orden riguroso de petición.

Ciudad del Vaticano

Radio Vaticana inaugurará en breve emisiones en español que tendrán lugar los miércoles y sábados, a las 8 de la noche (hora de España) en onda corta de 49/75 metros.

En estas emisiones se radiarán las noticias de mayor interés en la vida de la Iglesia, las disposiciones de la Santa Sede de importancia universal o concernientes a España y, finalmente, se dará a conocer la repercusión del Movimiento Católico de España en el mundo entero.

Colecta del "Día del Seminario," (1938)

	Pesetas
<i>Suma anterior</i>	3384 95
D. ^a Anastasia González, Maestra de Boós.....	0 50
Cura y fieles, de Abejar.....	43 70
Id. Id. Adrada..	78 90
Id. Id. La Alameda.....	50 00
Id. Id. Alcozar.....	50 30
Cura de Id.	5 00
Id. Id. Alcubilla del Marqués.....	25 00
Id. Id. Aldea del Pinar.....	2 70
Id. Id. Aldea de San Esteban.....	53 00
Id. id. Aldealafuente.....	55 40

Id.	id.	Aldehuela de Calatañazor.....	26 75
Id.	id.	id. de Periañez.....	12 50
D. Vicente Marqués, Maestro de Canos.....			5 00
Sr. Cura de Almajano.....			5 60
Cura y fieles de Almenar ..			121 00
Id.	id.	Arandilla	10 00
Id.	id.	Arévalo	5 20
Id.	id.	Arganza.....	7 00
Id.	id.	Aylagas	2 45
Id.	id.	Aza	31 10
Id.	id.	Barcebalejo.....	42 50
Id.	id.	Berzosa	15 85
Id.	id.	Blacos ...	23 50
Id.	id.	Boada.	15 00
Bayubas de Arriba.....			16 50
Cura y fieles de Boós			23 00
Id.	id.	Cabrejas del Pinar.....	10 60
Id.	id.	Calatañazor.....	74 10
Id.	id.	Camparañón	8 00
Id.	id.	Campillo ...	11 50
Id.	id.	Candilichera .	31 25
<i>Suma y sigue.....</i>			<u>4292,85</u>

Colecta Misional de 1937

	<u>Pesetas</u>
<i>Suma anterior.....</i>	1164 55
Ancianos y Hermanitas de Burgo de Osma	10 00
Recuerda ..	7 15
Quintanas de Gormaz.	8 00
PP. Franciscanos de Soria.....	22 55
La Horra	9 00
Nava de Roa	36 00
Fuentenebro	5 00
Piquera.....	5 00
Granja de Ventosilla	44 20
<i>Suma y sigue.....</i>	<u>1311 45</u>